

## Luis de Val, Novelista Auténtico

por RICARDO DE VAL

**A** los treinta años de su muerte, Luis de Val, que gozó de una popularidad extraordinaria en España y América, sigue siendo un desconocido. La antinomia es grave, pero justa. La auténtica personalidad del escritor valenciano, sigue inédita.

No se ha prestado atención a su obra realmente literaria, y en verdad no se ha escrito mucho sobre su figura. Y cuando se ha escrito, se ha hecho de un modo frío, anecdótico, con prisa y un tanto irónicamente.

Se ha escrito sobre el avatar aborrecido y folletinesco de su vida; pero de su obra verdadera, nada... Algo, si, leímos en el tiempo sobre sus novelones, pero ello añadía paletadas de tierra a la justa imagen.

Al menos en Valencia, debiéramos enjuiciarlo con calma y buena voluntad, pues, en fin de cuentas, no andamos tan sobrados de figuras literarias. De su vida pintoresca se podría escribir y escribir... Vida jocunda, generosa, de aventurero y bohemio, a la manera española, andariega y donjuanesca. Nació en 1867 en Valencia, descendiente de aragoneses, pues el apellido «de Val» asoma hace siglos en la comarca de Belchite, la tierra de Goya, de fríos olivares, de donde emigraron siempre los pájaros y los hombres. El propio Luis de Val lo contaba al que escribe en su piso del Olimpia, allá por el año 1925. En sus antepasados hubo hombres de letras. Es interesante saber que a los catorce años ya escribía versos. Aquello de «la divina prosa de los poetas»... Sus veintiocho años de folletista, de autor de absurdos, son un puro azar. Necesidad, miseria, tiranía de un acerbo destino. Su familia —burguesía en «buena posición»—, arruinada. De aquí arranca su destino: Barcelona, el folletín, una verdadera tragedia hija de la vocación. Luis lo relataba siempre, obsesionado.

Sus peripecias desde la infancia: el haber sido «raptado» por su padre, su casamiento a los 17 años, su bohemia en el Madrid «fin de siglo», la muerte trágica de su padre, la no menos trágica de un hijo pequeño y de su primera esposa, el romántico primer amor de toda

la vida con una chica de Valencia que vivía en la Plaza del Negrito, todo ello, con sus viajes, le inducirían a escribir de aquella suerte desgraciada. Su folletín «El calvario de una madre» es autobiografía pura. En casa de su primer amor me fue dado ver una fotografía del escritor, empalidecida de años, en que aparecía un buen mozo, un tipo magnífico, de semblante jovial, con aguda perilla.

Pero interesémonos, fundamentalmente, por su obra literaria. Luis de Val calificó sus libros en obras populares y obras literarias. Las primeras, que le dieron la enorme popularidad conocida—que vibra todavía, contra lo que creen muchos—alcanzan un número abrumador. Y es curioso ver como esta literatura popular no ha sufrido demasiado desdoro en la memoria. No hablemos de los críticos. Hay plumas señeras que hablan con respeto del folletín. Alberto Insúa confesó públicamente su placentera actitud ante los novelones por entregas de Luis de Val. El tema es tentador. En el firmamento del pasado brillan nombres áureos—Alejandro Dumas, Fernández y González, Pérez Escrich—, que sugieren mucho.

Para Luis de Val, ya lo hemos dicho, la gloria fácil y gregaria de su obra popular, supuso un verdadero drama. Tuvo para su irónico y burlesco destino las frases más amargas que yo conozco en pluma de escritor. Hablando del público lector, dejó escrito: «Yo no pienso en tí; te odio demasiado para tenerte en cuenta cuando escribo sin grilletos. Y te odio porque durante veintiocho años—¡oh mi triste juventud sacrificada!— fuí tu misero esclavo, tu grotesco payaso...»

Ganó mucho dinero con sus «payasadas», y ya libre, volvió a su Valencia natal —que no le gustaba mucho, la verdad—, y escribió en ella y en su «torre» de Barcelona a placer, como quiso, siendo entonces feliz. El de esta etapa auténtica, esencial, creadora, muy difícil de reencarnar, fue el «verdadero» Luis de Val, el novelista valenciano excelente, notabilísimo, que pide a gritos que se le lea y se le juzgue con ánimo de justicia.

Durante unos diez años, girando sobre 1920, compuso o dio a la publicidad una veintena de libros, entre novela, verso, teatro y memorias, estas últimas—«La caja de Pandora»—, sin publicar. Obra toda ella de temple, madura, bien ambientada, sana, limpia—cosa bien difícil por la influencia tremenda de la pornografía—, encarnada en el modernismo. Obra culta sobre todo, como era de esperar. No la trascendencia que busca el intelectual de la época, sino el simbolismo francés en la novela es lo que también registra. Metido en la cultura liberal, racional, que busca en la oscuridad al «hombre nuevo», Luis de Val especula con las ideas. Lo hace con personajes vivos, simbólicos, que encarnan un tiempo, a la manera de los Goncourt. Tipos como Lena y Africa en «La mujer de ellos», en «Claro de Luna», por ejemplo.

En «Claro de Luna», su mejor novela, donde se desarrolla un conflicto moral y amoroso interesantísimo, se vence por la ladera de una prosa decadente, enclada y perfecta. Salta el racionalismo en los personajes, la erudición, pero con qué humanidad en ellos, con qué fuerza vital. Diálogo, tiempo, situaciones: todo logrado. En

el realismo que va de Galdós a Baroja, hay pocos novelistas que dialoguen como Luis de Val.

En «El hombre de ellas», en «La mujer de ellos», en «Alma y materia», en sus novelas cortas, corre un manantial de vida y arte en nada inferior a las novelas de Insúa, Zamacois, Catá, por buscar una analogía. ¿Influencias? Oscar Wilde, D'Anunzio, Maupassant. Sabe elevarse sobre la pornografía, en cuyo peligro caen casi todos los novelistas de su tiempo.

Esto da a su obra un positivo interés. Nunca sus personajes se hunden en la lujuria monstruosa y en los abismos de todos los vicios, como hoy se hunden en el tremendismo, o como en otros tiempos se aberraban los torpes héroes de Bocaccio o la Gamiani de Alfredo de Musset. No es que fuera precisamente mala la novela galante y amorosa, o simplemente erótica. Hay en la novelística de los años veinte—modernista—obras estimables, y en esa escuela hay que situar a Luis de Val como un virtuoso. Pero nuestro novelista hace, además, incursiones bien centradas sobre arte, poesía, humanismo, pensamiento social, viajes, literatura. Lástima que en esta etapa esencial las energías se quemén pronto y acaben con un Luis de Val medio ciego y casi sordo, el que yo conocí en la Valencia de 1926... Hubiera podido situarse junto a las figuras: Zamacois, Insúa, Trigo, Pedro Mata y otros. Aquella novelística llena su papel en una cultura que se extingue. A Luis de Val debe vérselo también como precursor.



## TRAGEDIA DEL TORO

*A don Ignacio de la Concha.*

El toro  
brillante de sol  
su lomo negro  
devorando heno de oro.  
Puñales toledanos  
junto a sus ojos  
de mirada tranquila  
y brillante de enojo.  
A veces, clavando sus puntas  
en carne de hermano.  
¡Pobre toro!  
Si sales manso eres un despojo,  
y pronto al matadero.  
Y si sales fiero  
te aguarda el chiquero  
y miles de ojos  
que esperan impacientes  
tu muerte.  
Andas majestuoso tus posesiones.  
Los rincones verdes  
tu querencia.  
Por las noches duermes  
contemplando las blancas estrellas.  
Eres feliz  
pues no piensas.  
Pero algo te dice el instinto.  
A veces le habla a tu alma